

Biblioteca-Films

NÚM.

300

Un romance del Oeste

25

CT



REX
BELL

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 224-Apartado 707

Sdad. Oral. Española de Librería: Barbará, 16

B A R C E L O N A

AÑO VI APARECE LOS MARTES

N.º 300

REVIBADA POR LA PREVIA CENSURA

WILD WEST ROMANCE 1927

Un Romance en el Oeste

Adaptación en forma de novela, de la
película del mismo título interpretada
por el famoso caballista de la pantalla

REX BELL

por MANUEL NIETO GALÁN

Hispano FOX-FILM S. A. E.

Valencia, 280 — BARCELONA

REPARTO

Felipe O'Maly REX BELL
Ruth, CARYL LINCOLN

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Uno de esos días, la profesora agitaba nerviosamente la campanilla dando la señal de clase, sin que ninguno de sus alumnos hiciera caso de ella. En seguida sospechó que Felipe había llegado al pueblo y exclamó:

—Ya estará aquí ese hombre entreteniéndolos. Parece mentira que la autoridad no tome parte en este asunto y haga salir de este pueblo para siempre a ese entrometido.

Salió a la plaza y, en efecto, vió que lo que había pensado era cierto. Felipe rodeado de toda la chiquillería les enseñaba a arrojar el lazo, en lo que demostraba ser un consumado maestro.

Una de las veces, al ir a aprisionar a uno de los muchachos se interpuso en el camino un venerable anciano y una joven, y quedaron prendidos por la cuerda cuya punta aún sujetaba Felipe. Este, al ver lo que había hecho, pretendió excusarse y se acercó a la pareja, diciendo:

—Perdóneme, señor. Estaba entreteniendo me con estos muchachos y sin querer lo he cogido.

Mientras hablaba sus ojos no se separaban de la muchacha que acompañaba al anciano, y quedó deslumbrado ante la angelical belleza de la joven, quien a su vez sonrió, como dándole a entender que no estaba enfadado con él. El anciano, una vez que Fe-

PRIMERA PARTE

En las orillas de la región montañosa de Arizona, como un oasis en medio de aquel árido terreno, erguiese como un nido blanco de palomas el pueblecito de Krity. Allí todas las costumbres eran moderadas y los hombres dedicados a sus labores preocupábanse poco de todo lo que no fuera su trabajo.

El único que solía alterar la calma de aquel ambiente que parecía dormido por un profundo letargo era el joven, y alegre Felipe O'Maly, un muchacho fornido y simpático en extremo, que a veces solía abandonar el retiro aislado de la montaña donde vivía para bajar al pueblo y entretenérse con las diabluuras de los pequeños, sus mejores amigos, y a quienes profesaba un entrañable cariño. Los muchachos al verlo, olvidaban sus clases y la pobre maestra tenía que ir recogiéndolos como ovejas descarrilladas para hacerlos entrar en la escuela.

lipe lo libertó del lazo, comprendió lo inconsciente que había sido y le respondió:

—No se apure joven. Yo lo comprendo todo, como comprendo que la sangre moza necesite movimiento y acción. Hace usted bien en enseñar a estos rapazuelos esos ejercicios, así se harán hombres fuertes para el trabajo... Pero ahora que me doy cuenta, ¿usted no es de aquí?...

—No, señor—respondió Felipe que permanecía descubierto—. Vivo solo en la montaña y solamente bajo algunas veces al poblado para entretenarme con estos mozalbete.

—Entonces me presentaré yo mismo—respondió el viejo—. Yo soy el pastor Thorn, del nuevo oratorio del pueblo y esta joven que me acompaña es mi hija, Ruth.

—Yo soy Felipe O'Maly—exclamó el joven, estrechando la mano que le ofrecía el pastor—. Poseo un pequeño rancho a alguna distancia de aquí, pero desde ahora—y miró a Ruth—le aseguro de que no pasará día sin que venga al pueblo.

—Entonces, si no es usted un descreído, espero que asistirá a nuestras reuniones.

—Téngalo por seguro—exclamó Felipe—. Desde hoy ni un ciclón me lo impedirá.

Mientras tanto, en un establecimiento de enfrente, tres hombres miraban atentamente al grupo, que de una manera tan imprevista



—Perdóname señor

se habían conocido, y uno de ellos le dijo al más joven:

—Me parece que Felipe quiere ganarte la muchacha, Blake.

—Pues me parece—respondió en tono amenazador el aludido — que está coqueteando con otra cosa, además de con la hija del pastor. Ese no sabe con quién se está jugando los cuartos.

Blake era, entre todos los hombres del pueblo, el único que se había atrevido a posar los ojos en Ruth, quien jamás había sentido

por él otro sentimiento que de amistad, aunque bastante lejos del de simpatía. Era un hombre a quien nadie del pueblo le había visto trabajar y, sin embargo, vivía como un potentado. Rodeado siempre de amigos, capaces de jugarse la vida por él, había adquirido en el pequeño pueblecito cierta supremacía, que le hacia el hombre predilecto de todos sus habitantes. Al ver la amistad que empezaba a nacer entre Ruth y Felipe un odio inferior nació en su pecho y desde aquel momento se juró suprimir el obstáculo que iba a interponerse entre la muchacha y sus deseos.

Los dos jóvenes, ajenos a las miradas curiosas de Braker, se despidieron y Felipe volvió nuevamente a reunirse con los pequeños a quienes la maestra no había podido hacer entrar a la escuela. En vista de ello se dirigió al "sheriff" y le dijo:

—¡"Sheriff, ese impostor de vaquero está allí otra vez y me va arruinar la escuela!"

—¿Y qué quiere usted que yo haga? —respondió el "sheriff" encogiéndose de hombros. Por eso no lo voy a detener.

—Yo no le digo que lo detenga, pero bien puede usted impedir que siga viniendo al pueblo y que deje en paz a los pequeños. Usted tiene la obligación de vigilar por la instrucción de los habitantes de esta ciudad.

Quedó convencido el "sheriff" con las pa-

bras de la maestra y se dirigió adonde estaba Felipe para decirle:

—Si quiere usted venir a este pueblo, hágallo, pero no pretenda retener a la gente menuda con sus juegos y tonterías.

—El que yo me entretenga con los pequeños no es ningún delito y nadie puede impedírmelo —respondió Felipe, sin inmutarse.

—Eso es lo que yo no sé —exclamó el "sheriff", que en cuestión de leyes no era ningún leguleyo por cierto —. Pero lo que sé es que mete usted más ruido en este pueblo que gallina en corral ajeno.

En esto, uno de los chicos que se había escondido para no entrar en la escuela, apuntó con su tirador al "sheriff" y le dió un perdigonazo en cierta parte del cuerpo, como para no necesitar silla en bastante tiempo. Aquello terminó de enfurecer a la autoridad que terminó diciéndole:

—Si quiere usted evitarse males mayores, no asome las narices fuera de su rancho, porque en cuanto lo vea por aquí lo meteré en al cárcel.

En otra ocasión, Felipe se hubiera reído de la amenaza de que era objeto, pero pensando en Ruth, comprendió que lo mejor era evitar el escándalo y decidió seguir la orden del "sheriff". Sacó su caballo de la cuadra donde estaba y montando en él emprendió el camino de su pequeño rancho.

Al pasar por la vía férrea vió que en el tren que cruzaba en aquel preciso instante, un muchacho era perseguido por encima de los vagones por un empleado de la compañía. El cariño que sentía por la gente menuda, le impulsó a salvar al pequeño de la difícil situación que se encontraba y espoleando a su caballo logró colocarse cerca del convoy, a la vez que le hacía señas al muchacho para que se acercase donde él estaba. El chiquillo, que no debía ser ningún tonto, comprendió que se trataba de un amigo, y al pasar junto al vaquero, se arrojó a los brazos de éste.

—¿Qué te ocurre, chiquillo? —le preguntó cuando lo tuvo sobre su caballo. —¿De dónde vienes?

—Escapó de un Hospicio de San Luis —respondió el muchacho—. Iba a ver si encontraba trabajo en alguna parte.

A pesar de lo sucio que iba en la cara del muchacho se reflejaba tal simpatía y preocuidad, que Felipe no tardó en sentirse atraído por él, y le dijo bromeando:

—Y tu equipaje te lo has dejado acaso en el tren?

—Yo no tengo equipaje —respondió el chiquillo—. Hace tres días que no he comido nada.

Aquello terminó por encariñar a Felipe, que respondió inmediatamente:

—Una vez que te haya dado de comer te daré colocación.

—¿De verdad que me dará usted trabajo? —preguntó el rapazuelo entusiasmado.

—Sí —exclamó Felipe—. ¿Te gustaría ser capataz de mi rancho?

—Ya lo creo —palmoteó alegramente—. ¿Y tendrás muchos hombres que me obedezcan?

—No tendrás más que a Drik, un pequeño perro de lana que se hará en seguida tu amigo.

Y Drik, para que se enterase que estaba allí empezó a ladrar furiosamente hasta que Felipe le dijo:

—Cállate, hombre, que el nuevo compañero ya se ha dado cuenta de que estás aquí.

Y de esta forma tan original, Felipe tuvo desde aquel momento un compañero con quien compartir la soledad que le aguardaba en su rancho.

SEGUNDA PARTE

La pequeña diligencia que hacía el recorrido entre los dos pueblos vecinos preparaba su marcha y el encargado del correo al entregarle la valija con valores, le encargó:

—No pierdan de vista la maleta del dinero.

Los indios han entrado en acción y hay que tener mucho cuidado.

El conductor se encogió de hombros desdenosamente, a la vez que respondía:

—Hasta ahora no me han molestado nunca, ni pienso que me molesten por el presente.

Y diciendo esto, fustigó a los caballos que emprendieron veloz carrera.

Esta conversación había sido oída por Blake, quien, haciéndole señas a uno de sus amigos, le hizo que lo siguiera, explicándole el motivo de aquella precipitación.

—La diligencia lleva hoy una gran cantidad de dinero y seríamos unos imbéciles si no aprovecháramos la ocasión para apoderarnos de ellas. Vamos a la guarida y avisaremos a nuestros hombres para que disfrazados de indios ataque a los que llevan el dinero.

La guarida de Brake, custodiada por varios hombres de los más ínfimos sentimientos, se hallaba en lo más arisco de la montaña. Nadie que no hubiera conocido el camino hubiera sido capaz de descubrir la madriguera de aquellos bandidos, que valiéndose de la leyenda de los indios, se dedicaban a desvalijar a cuantos pasajeros pasaban por los alrededores.

Media hora después de haber salido del pueblo, Brake y su acompañante se hallaban en unión de todos los hombres, quienes, ves-

tidos de indios, se apostaron en un recodo de la carretera para caer sobre la diligencia. A los pocos minutos de espera el vigía dió la señal de que el coche se acercaba y empuñaron las pistolas, dispuestos a matar a los dos hombres que en ella iban si se oponían a entregar la valija. Pero estos advirtieron su presencia y antes de que pudieran sorprenderlos, emprendieron una vertiginosa carrera. Los hombres de Brake montaron a caballo y no tardaron en darle alcance y en apoderarse del dinero, después de haber matado a los conductores.

La casualidad hizo de que Felipe, desde un monte algo apartado, viera la persecución de que eran objeto los ocupantes de la diligencia y exclamó dirigiéndose a su pequeño compañero.

—Esos malditos indios están haciendo otra de las suyas, pero yo les prometo que como llegue a tiempo alguno morderá el polvo.

Y sin detenerse a pensar en lo que exponía, puesto que iba a luchar él sólo contra ocho hombres, hincó espuelas a su caballo y partió como el rayo en dirección de los pobres que tan necesitados estaban de su ayuda. Mas cuando llegó fué tarde. Todo había terminado y sólo pudo recoger en el suelo una espuela que se había caído a uno de los perseguidores, quienes a su vez estaban vigilando todos sus movimientos.

—¡Caramba! — exclamó Felipe examinándola—. Esta espuela es de un blanco. Aquí hay algún misterio que es necesario aclarar. Por lo pronto vamos a dar cuenta al "sheriff" de lo que hemos visto.

Brake, al verlo montar nuevamente, le dijo al subjefe de su partida.

—Ese hombre ha encontrado algo y va al pueblo a dar parte, pero antes que él llegare yo. Llevad vosotros el dinero a la guarida y esperadme hasta que yo vuelva.

Cortando camino por los atajos, Brake consiguió llegar al poblado antes que Felipe, y le dijo al "sheriff" que con todos los habitantes habían salido para ver de qué se trataba:

—¡"Sheriff" los indios se han sublevado!... ¡Por poco me matan!... ¡Gracias a la ligereza de mi caballo he podido llegar aquí con vida!...

No había terminado de decir esto cuando llegó Felipe y saltando del caballo se acercó al "sheriff", diciéndole:

—¡Acabo de presenciar un asalto y he encontrado algo importante!

Y le enseñó la espuela. Braker, al verla, la reconoció inmediatamente y comprendió que en aquella ocasión le hacía falta recurrir a todo su cinismo antes de que nadie pudiera sospechar de él. No duró más de un segundo

su pensamiento y tomando la espuela de manos de Felipe, exclamó:

—Hombre, esa espuela es mía. Sin duda deben habérmela quitado de un tiro—. En efecto, la espuela presentaba un orificio de bala de pistola hecho por los disparos de los conductores y esto dió motivo para que sus palabras fueran creídas de todos y hasta produjo el enojo del "sheriff", que le dijo:

—Le he dicho a usted que ya no vuelva a poner aquí los pies y que deje de molestarnos con sus bobadas.

Felipe quedó sorprendido ante aquellas palabras y cuando se dió cuenta de que Ruth había visto el ridículo que había hecho, bajo la cabeza avergonzado e intentó alejarse. Ruth adivinó lo que pasaba en el interior del joven y trató de consolarlo, diciéndole:

—No se preocupe, Felipe, un error lo comete cualquiera.

—Siento lo que ha pasado—respondió el muchacho—, pero yo procuraré demostrarle que era verdad cuanto decía...

—¿Acaso sospecha usted de alguien?—le preguntó ella.

—Sospechas... Algo más que sospechas... pero por ahora, nada puedo decirle...

Braker se acercó entonces al grupo que formaban los dos jóvenes, y, retando con la mirada al vaquero, exclamó:

—Señorita Ruth, recuerde que me ha ofrecido dar un paseo esta tarde.

Y sin esperar la respuesta, la tomó del brazo y se alejó con ella, mientras que Felipe los miraba alejarse con el corazón dolorido, al ver que estaba a punto de perder a la única mujer a quien había amado.

TERCERA PARTE

A pesar de la orden del "sheriff", O'Maly no dejó de cumplir la promesa hecha al padre de la joven de ir a oír la plática de las noches, y antes de que ésta llegara, le dijo al pequeño capataz:

—Muchacho, me parece que tenemos que vestirnos algo más elegantes para asistir al sermón del pastor.

El chico, en cuyos ojillos traviesos se adivinaba toda la precocidad concebible en un muchacho de tan corta edad como él, se le quedó mirando y respondió, a la vez que le guiñaba un ojo:

—Me parece, patrón, que a usted le interesará mucho más el sermón de la señorita Ruth que el de su padre, ¿verdad?

Felipe se echó a reír de la ocurrencia de su joven compañero y respondió:

—Tú no sabes nada de eso todavía. Vístete con estas ropas que te he traído y vámonos antes de que empiecen.

Ruth tenía también el presentimiento de que vería aquella noche al vaquero, y aun cuando había oído la orden que le daba el "sheriff", su corazón enamorado, le decía... que el amado no faltaría a la cita.

—El me dió su palabra de venir cuando nos conocimos, y estoy segura de que vendrá —se decía interiormente. Y efectivamente Felipe apareció ante la puerta de la casa del pastor, donde Ruth aguardaba impaciente.

Para evitar las miradas de los curiosos, el pastor había hecho colocar una especie de biombo a la entrada que impedía a los de dentro ver lo que ocurría fuera, y tras éste, Ruth y Felipe sostuvieron una larga conversación, sin que volvieran a acordarse para nada de que en el interior aguardaban la presencia de la muchacha.

—¿Cómo se ha atrevido usted a venir, con lo que le ha dicho el "sheriff" esta tarde? —le preguntó Ruth.

—A mí no me importa lo que el "sheriff" me haya dicho —respondió el vaquero—; lo único que me importa es que le prometí a usted que vendría, y he venido.

—Pero, si lo ven a usted, pueden meterlo

en la cárcel!—exclamó algo alarmada la muchacha.

—No lo crea—exclamó Felipe—. Yo no he cometido ningún delito y, por lo tanto, no se me puede detener. Además, llevaba y acerca de tres horas sin verla, y era demasiado tiempo para no exponer, no digo yo la libertad, aunque fuese la vida.

Ruth levantó los ojos hasta él y en su mirada pudo adivinarse a la vez que un reflejo de agradecimiento, toda la pasión que el joven le había inspirado. El, fascinado también por la belleza de aquellos ojos, no pudo contenerse, y tomó una mano de la muchacha para estrecharla fuertemente entre las suyas. En aquel momento, varios feligreses hicieron su aparición, y sin querer, dieron tal empujón al joven vaquero, que éste se tambaleó, y al ir a apoyarse sobre el biombo, cayó precipitadamente el artefacto, y ya no tuvo más remedio que sentarse. Pero dió la casualidad que el único sitio que había libre era el banco donde estaba sentado Brake, y O'Mayl, sin titubear, se sentó a su lado con el pequeño. El rival, apenas lo vió, le dirigió una mirada llena de odio, a la que correspondió con otra de igual índole Felipe; pero nada se dijeron y escucharon la voz del predicador, que les decía:

—Ama a tu prójimo como a ti mismo...
Luego invitó a todos los presentes a ento-



Ruth levantó los ojos...

nar un himno de gracias al Altísimo y Ruth, mientras los acompañaba al piano, no dejaba de mirar hacia el lugar donde estaba Felipe, despertando con ello los celos de Braker, que le dijo al salir:

—Oye, Don Juan, cuida de no acercarte mucho a esa niña, si quieres conservar la cabeza en su lugar.

Felipe se echó a reír de la amenaza del otro, y le respondió:

—¿Acaso tienes miedo que le cuente la verdad de lo de la escuela?

No pudo casi terminar la frase, cuando Braker le dió un tremendo puñetazo que le hizo rodar por tierra. Felipe se levantó como un león acosado y se lió con su rival a mamporros, hasta que lo dejó tendido en el suelo.

La pelea había congregado a un gran número de curiosos, quienes, sin detenerse a pensar quién había sido el verdadero promotor de la disputa, hacían responsable de ella a Felipe. Este no trató siquiera de disculparse, hasta que vió a Ruth y se acercó a decirle:

—Siento infinito que esto haya ocurrido en este lugar, señorita, en presencia de usted; pero yo le prometo que toda la culpa ha sido de ese hombre.

Aquella vez, no dió crédito Ruth a las palabras del muchacho, y le volvió la espalda despectivamente, mientras la maestra le señalaba al niño que llevaba Felipe, y le decía:

—¡El muy grosero!... ¡Ha dado un espectáculo que jamás se había visto en este pueblo!... ¡El pobre niño va a tener una enseñanza bien mala, por cierto!... ¡Mañana iremos, con una orden del "sheriff", a quitárselo!...

Y el pobre Felipe, dolorido por el gesto de la joven, emprendió silenciosamente el camino de su rancho.

Braker ya estaba convencido de que O'Mayl conocía lo del asalto de la diligencia, y sin

perder tiempo se encaminó a su guarida y les dijo a sus hombres:

—Felipe O'Mayl sabe lo del asalto... ¡Tenemos que tenderle un lazo sin perder tiempo, antes de que pueda descubrirnos!

Introdujo la mano en un bolsillo y, sacando una herradura, continuó diciendo:

—Esta herradura es la del caballo de Felipe. Esta noche atacaremos el tren y dejaremos la herradura en el puente, a la vez que escondemos una cantidad en la casa que tiene en la montaña.

Y, tal como lo pensaron, lo hicieron. Se prepararon, media hora después, en el sitio por donde tenía que pasar el expreso y desde un lugar a propósito, elegido ya de antemano, saltaron sobre el coche correo, apoderándose del despacho de valores.

CUARTA PARTE

A la mañana siguiente, ajeno Felipe a lo que contra él había tramado aquel bandido, le enseñaba a su nuevo administrador aquellas maravillosas vistas que ofrecía el paisaje, y le decía:

—Esta es mi tierra de ensueño. Por donde quiera que extiendas la vista, verás bellezas inenarrables.

Y le fué indicando todas las innumerables rocas que circundaban su cabaña, a la vez que le iba dando a cada una un nombre distinto.

Entre tanto, el asalto del correo en el tren se había descubierto, y el "sheriff", acompañado de sus hombres y de los de Braker, había ido al lugar del suceso e inspeccionaba el terreno. De pronto, uno de los acompañantes descubrió una herradura y exclamó, enseñándosela el "sheriff":

—Esta herradura es del caballo de Felipe O'Mayl. Ayer mislo lo herré.

El "sheriff", que como ya habrá podido verse, no tenía ninguna simpatía por el joven, no dudó de que éste pudiera ser el autor del robo, y exclamó:

—Vayamos a buscarle en seguida, si queremos echarle mano y recobrar los documentos perdidos antes de que se escape!

Pero, como siempre tiene que haber algo para librar a un inocente de la persecución de un malvado, la Providencia se valió en aquella ocasión de Billy para ello, de la siguiente forma:

El ruido de un coche obligó a Felipe a salir fuera de su cabaña, y vió con sorpresa que se trataba de Ruth y de la profesora.



—Siento lo que ha pasado

Loco de contento, salió a recibirla y le dijo a la joven:

—Le agradezco mucho su visita, señorita, y quiero explicarle lo ocurrido anoche.

A medida que hablaba el joven, la muchacha iba dando crédito a sus palabras, y se entabló entre ambos una conversación a la que tuvo que poner término la maestra, diciendo:

—Hija mía, parece usted olvidar que hemos venido a cumplir una misión muy grave!

—¿Una misión?—preguntó, extrañado, Felipe.

—Sí—respondió secamente la maestra—. ¡La Junta escolar me ha encargado que exija de usted la entrega del niño que tiene.

—¿Que se va usted a llevar a Billy?—preguntó apesadumbrado Felipe—. ¡Eso es imposible! ¡Piensen ustedes que Billy es la única persona que tengo en el mundo que me quiera!...

Y mientras discutían la entrega, el pequeño administrador había estado enredando en todos los muebles de la casa, y del cajón de uno de ellos sacó un talonario de cheques. Tomó el libro, y cuando fué a entregárselo a Felipe advirtió la llegada de los hombres del "sheriff" y se detuvo, preso de un extraño presentimiento.

Ruth quedó también sorprendida al verlos llegar; pero Brake se encargó de explicarle aquella visita, diciéndole que venían a defender a Felipe por el asalto del tren.

—Yo no creo que Felipe haya sido capaz de robar nada—protestó la joven.

—Eso es lo que hubiéramos pensado todos si no hubiésemos encontrado una herradura del caballo de Felipe en el lugar del suceso. Además, ahora veremos si encontramos en su casa los valores robados, y con estas dos pruebas, no creo que tarde mucho

tiempo sin estar colgado de la rama de un árbol.

El "sheriff" se esforzaba en hacer confesar a Felipe, y en vista de su negativa, ordenó que se registrara toda la casa.

Braker trató de intervenir en tono conciliador, y exclamó, dirigiéndose a O'Maly:

—Confiese usted la verdad y será juzgado más benévolamente. Usted ha escondido diez mil pesos en bonos. Entréguelos antes que lo descubran, porque tengo la seguridad de que están en su casa.

Felipe sonrió maliciosamente y le respondió con cierta ironía:

—Es muy curioso. Parece que esté usted muy enterado de todas estas cosas...

Uno de los hombres de Brake, el que la noche anterior había escondido los bonos, se dirigió al lugar donde sabía estaban encerrados; pero su sorpresa fué grande cuando advirtió la desaparición de éstos.

Convencido Brake de que los bonos comprometedores no tardarían en aparecer, esperaba satisfecho el fruto de su hazaña, cuando se le acercó el pequeño Billy, sin que el bandido advirtiera su presencia. El muchacho había oído todo lo que pasaba y comprendió inmediatamente que aquellos bonos encontrados por él serían los que buscaban. Tuvo la coronada de que el único culpa-

ble sería Braker, y pensó que justo era que pagara su culpa, y para ello ideó un plan que le salió maravillosamente.

Aprovechando el momento en que todos buscaban por la habitación, introdujo en el bolsillo de la americana de Brake los bonos y esperó a que diera resultado su juego. Este no se hizo esperar mucho tiempo, pues Brake, al ir a sacar el pañuelo, se dió cuenta de lo que tenía en el bolsillo, y quiso ocultarlo inmediatamente; pero no tan pronto para que el "sheriff" no se diera cuenta de ello y se lo arrebatase de las manos. Mas, así y todo, no creyó en la culpabilidad de Brake, y creyó que se trataba de una broma pesada, y exclamó:

—¡Yo no admito esta burla! Han olvidado ustedes que yo soy una autoridad, y los dos quedan detenidos...

Toda la serenidad de que tantas veces había dado muestras Braker, la perdió en aquel instante, y al oír al "sheriff" que iba a prenderlo, antes que éste se acercara a él, le dió un puñetazo que lo arrojó contra una mesa. Tomó la puerta y saltando sobre su caballo, corrió hacia su guarida.

Felipe quedó convencido entonces de que aquel hombre era el culpable del asalto a la diligencia y al tren y salió en su persecución. Mas en la puerta lo detuvo Ruth, diciéndole:

—No huya usted, Felipe. Yo estoy convencida de que es inocente. Creo en usted; nunca dudé.

—Le agradezco mucho sus palabras, señorita—repuso Felipe—; pero voy a prender a ese bandido. Quiero demostrar plenamente de que soy inocente, y lo demostraré aunque me juegue en ello la vida.

Y desprendiéndose de los brazos de la joven, corrió en persecución del malvado, que quería robarle lo que más estimaba en la vida: su honra y el amor de Ruth.

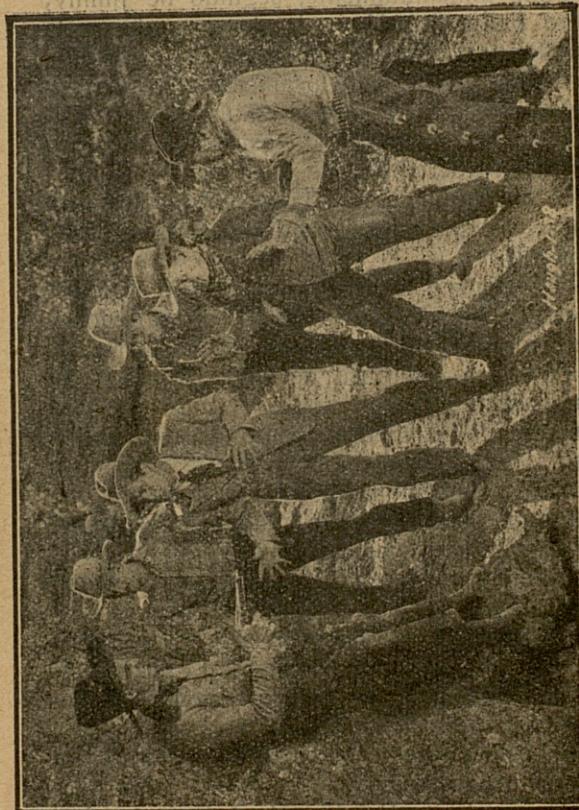
No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcel na

—No más tardé Felipe, ya estoy convencido.—
—Tú dices mentira. Tú es el que se ha
equivocado.—
—¡La batalla es otra cosa!—
—Tú —repuso el general— te has equivocado.
—Pero yo no me equivoco.—
QUINTA PARTE

Los caballos de uno y otro parecía que tenían alas en los pies, si tenemos en cuenta la carrera que habían emprendido. Era preciso verlos correr para poderse dar una idea de la fantástica marcha que llevaban. Los obstáculos que se interponían a su vista eran salvados con una habilidad que demostraba que los dos eran dos consumados jinetes. A pesar del esfuerzo hecho por Felipe para darle alcance, no pudo impedir que éste se entrara en su guarida, por una angostura practicada en la roca. Inmediatamente comprendió O'Maly que el intentar entrar por allí era empresa vana e inútil. Su temeridad no lograría otra cosa que hacerse matar como un perro, sin poder siquiera defenderse, y esperó a ver lo que sucedía.

Brake, en cuanto se vió entre sus hombres se sintió más tranquilo, y les dijo:

—¡Se han enterado de todo! ¡Ese maldito O'Maly viene siguiéndome! Vosotros, proteged mi retirada y apoderaos de Felipe. Jimmy y yo nos llevamos el dinero y en la frontera os esperamos esta noche.



— Manos arriba!

Salió inmediatamente, seguido de Jimmy; pero Felipe lo vió y, dando un rodeo a la montaña, continuó su persecución. Para ello, tuvo que luchar cautelosamente con el centinela, para que los demás hombres no se dieran cuenta, y suprimido este obstáculo, no tardó en apercibirse de que los dos miserables que huían tenían la intención de saltar sobre el exprés, que aquella hora debía pasar por allí.

—Si logran alcanzarlo— se dijo interiormente Felipe—, son míos. Allí lucharemos y veremos cuál de los tres es el más fuerte.

En efecto, al paso del tren, Brake y su compañero saltaron sobre el convoy; pero en seguida se dieron cuenta de que Felipe había hecho lo mismo.

—¡Ese imbécil no nos va a dejar en paz hasta que acabemos con él!— exclamó Brake. —Preparémonos para cuando llegue, a ver si terminamos de una vez esta ridícula persecución.

Jimmy se dirigió hacia la cola del tren, por donde había subido Felipe; pero apenas empezó la lucha, un puñetazo tremendo de Felipe lo arrojó contra la vía.

En este punto tenemos que detenernos un momento y volver hacia los que habían quedado en el rancho. Pasada la primera impresión, todos salieron en persecución de los fugitivos, y, como es natural, no faltó Bi-

lly, si bien éste, montado en un caballo que no se diferenciaba en nada del famoso “Rocinante”, les había tomado la delantera, y cuando Jimmy cayó a la vía sin sentido, quedó cerca donde se encontraba el pequeño amigo de Felipe. Bajó aquél del caballo y con el lazo que llevaba sobre la silla, ató sólidamente al criminal, y continuó para ver la forma de auxiliar a su patrón.

Este, entre tanto, luchaba con Brake, que, viéndose perdido, había cortado el tren, estrategia que no le dió resultado alguno, puesto que Felipe, de un salto gigantesco, alcanzó la locomotora antes de que se alejase demasiado.

Los dos hombres en aquellos últimos momentos luchaban desesperadamente. El uno por demostrar su inocencia y el otro porque comprendía que, dejándose vencer le esperaba una muerte segura. Pesaban sobre su conciencia demasiados crímenes para que pensase en el perdón.

Desde lejos el “sheriff” y sus hombres presenciaban aquella pelea y exclamó:

—Me parece que todos nosotros hemos juzgado mal a ese pobre Felipe. Si cojemos a Brake, será gracias a su valor.

Y como el valor de Felipe jamás le hizo traición, aunque desangradon por las heridas y maltrecho, siguió peleando hasta que, finalmente, consiguió asestarle un golpe desfa-

nitivo a Brake, que lo dejó sin sentido. Hecho esto, bajó al interior de la locomotora y desató al maquinista, a quienes los bandidos se habían cuidado de atar, para que no parase el tren, y detuvo la marcha.

Segundos después todos estaban rodeando a Brake y O'Maly, una vez que lo tuvo atado le dijo al "sheriff".

—Ahora estamos aquí los dos. Ya puede usted prendernos hasta que se sepa quién es el verdadero culpable.

—Estoy convencido de su inocencia O'Maly—respondió el "sheriff" estrechándole la mano—y le ruego que me perdone el que haya dudado de usted. Este pájaro pagará todo lo que ha hecho, que no es poco.

Mientras se arreglaba Felipe, Ruth se acercó a él y empezó a ayudarlo sin atreverse a decirle palabra.

Fué el vaquero el que tuvo que preguntarle:

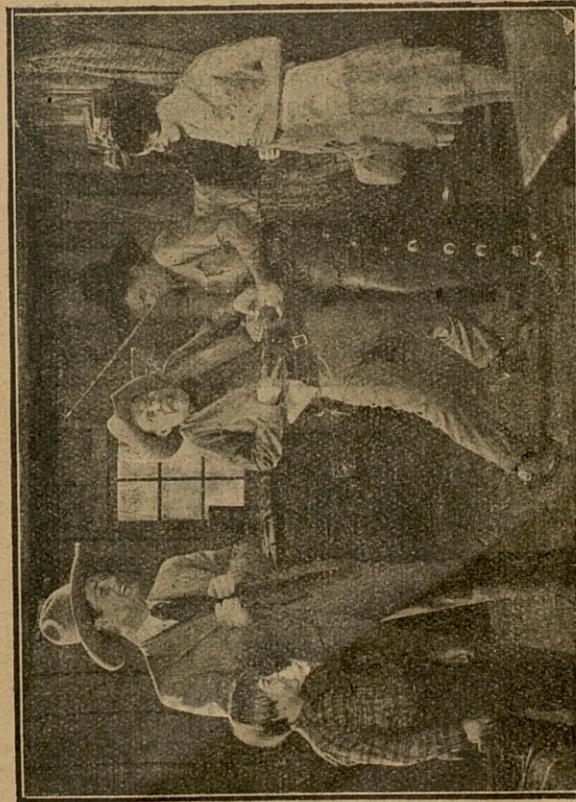
—¿Y ahora, está usted convencida de que no soy ningún ladrón?

—Nunca lo dudé, se lo prometo. De cuanto decían de usted no creí una palabra.

—¿Y puedo saber por qué tenía usted confianza en mí?

—Por que... porque...—iba a decirle porque le amaba con todas las fuerzas de su corazón, pero no se atrevió y solamente reclinando la cabeza sobre su pecho le demostró el dulce sentimiento que la embargaba.

SUPERSILENTOS OSCILANTES HABENAS EN ZEPETO



ENTREVISTAS DE LOS HOMBRES DEL FUTURO
ESTRATEGIA DE LA GUERRA CIVIL
SACAR AL PUEBLO DE LA SED

Ahora estamos aquí los dos

Todos se habían alejado, únicamente quedaba el pequeño Billy, quien veía que el cariño de su amo se esfumaba ante aquel amor. Los dos jóvenes comprendieron la pena del chiquillo y abrazándolo le dijo Felipe:

—No temas, Billy. Tú siempre vivirás con nosotros, puesto que has contribuido a la realización de este amor, de este romance nacido en el Oeste.

F I N

Si quiere Ud. aprender a bailar el
Tango argentino

Pida el nuevo método que acaba de
publicarse Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTOM

Precio da cada método **25 céntimos**

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

TANGMANIA

REVISTA
MUSICAL
ILUSTRADA

Números extraordinarios

60 céntimos

- Núm. 1 - ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
LA INGLESITA. Agustín Irusta.
- Núm. 2 - EL CARRERITO :: POMPAS DE
JABÓN. Lucio Demare.
- Núm. . - NIÑO BIEN :: AVE NOCTURNA
Roberto Fugazot.
- Núm. 7 - BARRIO REO :: ALAS
Irusta - Fugazot - Demare.
- Núm. 9 - LA CIEGUITA :: SILBIDO. Gardel.

Números corrientes

40 céntimos

- Núm. 4 - LA REJA. Marcucci.
- Núm. 5 - MIS LOCOS SUEÑOS.
Eugenio Galindo.
- Núm. 6 - VIDALITA. Bachicha (I.B. Deambrogio)
- Núm. 8 - ARRABAL. May Turgenova.
- Núm. 10 - LLEVÁTELO TODO. Giliberti.
- Núm. 11 - CARNE DE CABARÉT
Imperio Argentina.

— Pedidos a —

BIBLIOTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis